

EL OBSERVATORIO ATMOSFÉRICO DE IZAÑA: PERSPECTIVA POLÍTICO-DIPLOMÁTICA DE SUS ORÍGENES (1908-1916) *

Tras el reparto de innumerables territorios africanos llevado a cabo en la conferencia de Berlín de 1884, la política exterior del kaiser alemán Guillermo II reclamaba al resto de las naciones occidentales «un lugar al sol» para el pueblo alemán. Desde que en marzo de 1890 el emperador Guillermo II exigiera su dimisión al canciller Bismarck, la política internacional alemana fue subordinada al lema «política mundial como misión, potencia mundial como meta, poder naval como instrumento» (*Weltpolitik, Weltmacht, Flottenbau*).

La política exterior alemana se condujo pues, en gran medida, por el propósito de establecer comunicaciones y contactos que facilitaran sus intereses en distintas y distantes áreas del mundo. Tal y como apuntara el entonces embajador de España en Berlín Luis Polo de Bernabé, los depósitos de carbón iban a conformar, junto al asunto del amarre del cable submarino, el establecimiento de una estación radiotelegráfica y el observatorio meteorológico, los elementos necesarios que constituirían una excelente base de apoyo de la escuadra alemana en las islas Canarias, y a éstas como uno de los puntos cardinales de su entramado geoestratégico en el Atlántico.

El cable telegráfico Emden-Tenerife

En el otoño de 1906 el gobierno del imperio alemán planteó al gobierno español el amarre y establecimiento en las islas Canarias de un cable que garantizase las comunicaciones telegráficas entre Alemania y sus colonias del África occidental. El asunto se planteó de manera que el gabinete de Berlín pretendía unirse con Marruecos mediante un enlace en Tenerife «pidiendo [al] gobierno Español [que] encargue [a una] casa alemana [el] tendido [del] cable Tenerife-Casablanca tan pronto [como el] Gabinete [de] Berlín lo pida y arriende luego [la] explotación [durante] cuarenta años a [una] sociedad alemana también».

La iniciativa alemana chocaba frontalmente con la declaración del acuerdo de Cartagena, firmado en el año 1906, por el cual Marruecos quedaba reconocido tanto por Alemania como por Gran Bretaña como una zona de interés exclusivo de Francia y España. Tres años más tarde, en 1909, la actitud y presión alemana sobre este asunto alcanzó un cariz de auténtica virulencia diplomática, cuando todo el mundo creía que lo del cable Tenerife-Marruecos era una historia muerta y enterrada. Durante cerca de dos años, Alemania había insistido en esta concesión, pero España se había resistido siempre, apoyada por Francia e Inglaterra.

A partir de un acuerdo diplomático firmado entre Francia y Alemania en noviembre de 1909, sobre los respectivos intereses económicos de ambos en Marruecos, Alemania ofreció a España una declaración política que reconociera sus intereses en la zona, aunque para facilitar su acción ante la opinión pública y el Parlamento necesitaban alguna concesión que deseaban fuera el amarre del cable, y el contrato para su construcción y explotación.

* Las referencias documentales y bibliográficas contenidas en este artículo han sido omitidas por razones de espacio. No obstante, pueden consultarse todas y cada una de ellas en el libro *Ciencia y Diplomacia Hispano-Alemana en Canarias. El origen del Observatorio Meteorológico de Izaña*. Ed. Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1998.

El asunto de las comunicaciones telegráficas se planteó en términos tan exacerbados que el ministro Allendesalazar se indignó por la repentina reapertura de la cuestión, que tenía los visos de exigencia o imposición injustificada. El ministro consideraba preferible desistir de obtener la Declaración de que se trataba antes de aceptar la condición requerida por el Gabinete de Berlín.

La pretensión alemana obedecía a una práctica entonces usual en las relaciones internacionales, entre países de desigual potencia y desarrollo. Tal acción obedecía a la teoría del social-darwinismo entre las naciones, y a la ya conocida «teoría de la redistribución colonial». Ambas teorías explicaban cómo España tuvo que soportar en muchas ocasiones, y más intensamente que nunca desde la pérdida de los restos de su imperio ultramarino, el sometimiento a los designios y dictados de las principales potencias europeas.

Sorprendentemente el asunto del cable telegráfico trascendió a la más destacada autoridad alemana, tal y como iba a suceder en el caso del observatorio meteorológico del Teide. La figura del emperador alemán se utilizó como un activo recurso pues el embajador alemán conde de Tattenbach insistía en el cable diciéndole confidencialmente a Polo de Bernabé que no sabía como comunicar el fracaso al emperador, quien no querría autorizar la firma de la Declaración sin obtener el cable o una concesión valiosa, necesaria para satisfacer al Parlamento.

Todo ello hace comprender porqué el embajador Polo de Bernabé -el protagonista político de la creación del Observatorio de Izaña- se mostró tan receloso con todo lo concerniente a los planes y movimientos alemanes en Las Cañadas del Teide. Pero sea como fuere, el cable alemán se instaló en agosto de 1909 entre Emden, Vigo y Santa Cruz de Tenerife, con lo cual quedaron establecidas las comunicaciones telegráficas entre Alemania y Tenerife —que hasta entonces habían sido un completo monopolio británico—.

El observatorio meteorológico del Teide

De acuerdo con una de las conclusiones de la V conferencia internacional de aerostación científica, celebrada en Milán en 1906, el ingeniero militar y delegado oficial del gobierno español Pedro Vives y Vich enviaba un informe oficial al Ministerio de la Guerra haciendo sobresalir la importancia de una instalación de aerostación científica situada en el pico de Tenerife. En este informe, se refería a las campañas de S.A.S. el príncipe Alberto de Mónaco, acompañado de Hugo Hergesell, a bordo del yate «Princesa Alice», y a las campañas de Teisserenc de Bort y Rotch con el buque «Otaria», y a sus deseos expresados en Milán por tener una estación en las islas Canarias.

Unos meses después de esta conferencia internacional, y sin que mediara ningún compromiso oficial entre el gobierno español y la comisión de dicha conferencia, el 30 de mayo de 1907 apareció la primera nota diplomática sobre el asunto del observatorio meteorológico planteando la creación de una estación meteorológica en la isla de Tenerife.

Tras los resultados de las primeras campañas en aguas canarias, Hugo Hergesell realizó en el verano de 1908 la expedición más compleja y costosa de las realizadas hasta entonces, financiada y apoyada por la marina de guerra alemana. Muy poco después de la finalización de esta campaña, el gobierno alemán insistía nuevamente al gobierno es-

pañol sobre el asunto del observatorio solicitando pronta respuesta por conducto de su embajador.

En febrero de 1909, fue cuando el coronel Vives obtuvo las primeras noticias sobre los propósitos alemanes. Estando en Alemania tuvo una entrevista con Hergesell sobre el proyecto de establecer un observatorio sobre el pico de Tenerife, haciéndole partícipe de sus ideas de instalar inmediatamente un observatorio con los medios puestos por él a la disposición de la C.i.A.C.

Pocos días después el embajador de España en Berlín comenzó a recabar información sobre el proyecto alemán. En el primer despacho diplomático de una larga serie sobre el observatorio, el embajador Luis Polo de Bernabé ampliaba y detallaba el estado de la cuestión, bastante avanzado ya por aquellas fechas. Y es que «al estar ahora en Alemania el coronel Sr. Vives, el presidente de dicha Comisión internacional le ha manifestado que Alemania se había decidido á emprender por su cuenta los trabajos de instalación de aquel observatorio, trabajos que han empezado ya, y le suplicó le prestara auxilio para obtener facilidades del gobierno Español».

En su despacho diplomático Polo de Bernabé daba cuenta, hay que matizar que con suma prudencia, al ministro Allendesalazar de sus recelos ante la iniciativa alemana. En tal sentido pensaba que «al permitirme llamar muy especialmente la atención del gobierno de S. M. sobre estos hechos, creo superfluo hacer resaltar su importancia y la necesidad que, á mi juicio, existe de que el gobierno Español, á semejanza de lo que ha hecho el de Portugal en Ponta Delgada, se apresure á adoptar una resolución que evite que los alemanes establezcan en Tenerife un observatorio permanente, á falta de uno español, lo cual, sobre ser poco airoso para nuestra consideración, podrá tal vez en algún caso suscitar incidentes desagradables, dada la íntima relación que con estas experiencias científicas suelen tener las militares».

Otra carta particular fue remitida por Polo de Bernabé al ministro de Estado español. La respuesta posterior que dio Allendesalazar a Polo de Bernabé es muy expresiva, por cuanto el proyecto alemán «es asunto que preocupa al gobierno de S. M.». El ministro refirió en su carta un comentario que se revelará ya como una constante, y es que «se han dado instrucciones al gobernador de Canarias, con quien además he tenido ocasión de hablar, pues ha estado unos días en Madrid, á fin de que se extreme la más discreta vigilancia». Por la gravedad que podría tomar el establecimiento de un observatorio alemán en el pico del Teide, Allendesalazar finalizó su carta encareciendo al embajador que «usted por su parte continuará prestando al asunto preferente atención».

Otro despacho del embajador Polo de Bernabé, cifrado como *muy reservado*, y que daba respuesta a una real orden de 5 de marzo dictada por el ministro de Estado, facilitó al gobierno español una abundante y detallada información sobre los antecedentes y propósitos de los científicos alemanes en la isla de Tenerife, que «relativos á la empresa científico-comercial que los alemanes tratan de establecer en Tenerife». En su despacho el embajador español enumeraba al ministro un conjunto de razonables dudas. Decía que ignoraba sobre qué bases se había constituido esa compañía; la forma en que se estableció la conexión entre la parte sanitario comercial —se refería a la intención de Pannwitz de instalar un establecimiento para estudios de «heliomedicina» aplicada a la tuberculosis— y la parte puramente científica, y las relaciones entre el observatorio y los centros militares que habían de facilitar el material; como ignoraba asimismo quiénes aportaron el dinero necesario para los considerables gastos que se adelantaron.

Luis Polo de Bernabé, quien era un diplomático muy experimentado, contrapesó con prudencia en sus informes los posibles inconvenientes y peligros que los hechos podrían suponer para el gobierno español. Exponía entonces que «Vuecencia, por las noticias concretas que las autoridades locales faciliten, podrá apreciar con acierto la importancia de estos hechos. Por mi parte, por más que en ellos no veo amenaza ni peligro inminente, me considero obligado á estudiar la hipótesis de toda futura eventualidad y, aunque sentiría pecar por exceso de celo, creo que los deberes de mi cargo me aconsejan no despreciar ni la más ligera suspicacia cuando se trate de defender la independencia de acción del gobierno de S.M. en el ejercicio de la soberanía que le está confiado».

No en vano, en relación con el apoyo que Hergesell recibió por parte del gobierno alemán, es importante señalar que al regreso a Berlín del profesor Hergesell, y después de su larga estancia en las Cañadas, dio una conferencia en marzo de 1909 sobre las posibilidades de la mencionada llanura, a la que asistió toda la corte alemana, gran número de príncipes y generales alemanes, alargándose durante una hora y tres cuartos, demostrando así el especial interés que el Kaiser tomó en la elevada zona de Tenerife.

El 20 de enero de 1912 el embajador citaba una segunda conferencia referida a las islas Canarias ante la corte alemana. Decía Polo de Bernabé que «en adición á mi telegrama de ayer, tengo la honra de pasar á manos de V. E. el extracto del discurso pronunciado el Sábado 13 de corriente por el Duque Adolfo Federico de Mecklemburgo en la Sociedad de Geografía que tan solo algun periodico ha publicado. Al final de dicho discurso hizo el Duque una alusion a nuestras colonias de Africa, afirmando que los españoles en ellas establecidos anhelan su anexión á Alemania suponiendo que la situacion comercial se presentaria de otra manera y mejor. Es de notar que el Duque no hizo la menor alusion á esto en el primer discurso, cuyo texto se acompañó, que acerca de sus viajes en Africa pronunció en la Sociedad Colonial el día 10, en presencia de SS. MM. Imperiales, la Corte, el Gobierno y muchas personalidades distinguidas, sino que lo reservó para la conferencia privada dada en la Sociedad de Geografía ante un público poco numeroso y de la cual á penas se ha ocupado la prensa como antes he dicho».

Aquéllos propósitos del Gobierno alemán no pasaron inadvertidos cuando, y según un informe del mes de abril de 1916 archivado en el Foreign Office británico «hace unos cinco años un artículo firmado «P.R.S.» y titulado «La Llave del Atlántico» apareció en la revista de Madrid «Las Canarias», escrita evidentemente por alguien que conocía bien todas las posibilidades de las Cañadas y, sin duda, intentando llamar de una velada manera la atención del Gobierno español sobre el gran peligro que pudiera representar allí un aterrizaje de zeppelines, pues posiblemente los aeroplanos no podrían ser destruidos en aquella elevada y protegida región por fuerza naval alguna desde cualquier lado de la isla. Evidentemente Hergesell y compañía, hicieron una buena elección para su propósito».

Pues bien, tras el despacho que envió el embajador al ministro de Estado el 15 de marzo de 1909, el gobierno español tomó bien en serio sus advertencias, adoptando entonces como única determinación posible para evitar la instalación del observatorio alemán, anunciar el establecimiento de un observatorio enteramente español que realizaría los mismos cometidos que el proyectado por los alemanes. Escúchese la explicación que sobre la reacción del gobierno español ofreció el coronel Vives y Vich unos días más tarde. En la VI conferencia de Aerostación Científica celebrada de Mónaco, y con la naturalidad que el asunto permitía, explicaba Vives que «cuando volví a España en el comienzo del mes de marzo, pude constatar con gran placer que el gobierno Español, teniendo en cuenta las razones expresadas, había decidido, no solamente ayudar a la instalación del observatorio, como nuestro presidente había solicitado, sino a encargarse de toda la

instalación completa, como es todo un hecho natural. El 20 de marzo, tuve el gran placer de telegrafiar a nuestro presidente, que se hallaba en Tenerife, que el gobierno Español había resuelto instalar con sus gastos el observatorio aeronáutico de Tenerife. Por otra parte, las autoridades de la Isla fueron prevenidas para ayudar a la Comisión Internacional en sus estudios y también para comenzar en seguida los trabajos preliminares sufragados por el gobierno Español».

El comentario del coronel Vives y Vich desvela que la resolución adoptada por el gobierno español tuvo lugar como consecuencia directa de los despachos del embajador Polo de Bernabé. En este mismo sentido ha de citarse otra carta particular del ministro Allendesalazar al embajador Polo de Bernabé, donde confirmaba que tras «su despacho sobre establecimiento de un observatorio en Tenerife, me apresuré á trasladarlo á Guerra, llamando la atención sobre la importancia del asunto (...) es asunto delicado y no dudo que lo seguirá Vd. con interés comunicándome cuanto averigüe ahí sobre los propósitos de los alemanes».

El gobierno español no podría hallar otra solución mejor si el arrendamiento de terrenos que hizo Hergesell y Pannwitz con el ayuntamiento de la Orotava era absolutamente legal. Un matiz importante, es que si el coronel Vives prometió su ayuda a Hergesell, éste no llegó a utilizarla en momento alguno. Ni ante al ayuntamiento de La Orotava, ni ante el gobernador civil de Canarias. Los científicos alemanes se valieron por sí solos, aunque no sin el auxilio prestado por el médico canario Jorge V. Pérez, quien resolvió los trámites iniciales del emplazamiento del observatorio, cuya instalación en aquellos años y en el lugar escogido no sería precisamente fácil ni sencilla de acometer.

Cuando el telegrama del coronel Vives llegó a Hergesell, su contenido, debió tropezar seguramente con el plan original de los científicos alemanes. Hasta la llegada del telegrama éstos se habían desplazado a Tenerife desde Hamburgo, transportado las casetas y el material auxiliar, y habían formalizado un contrato que suponía el desembolso de 600 pesetas anuales durante cinco años. Aunque, en suma, y como decía el embajador en su despacho, habrían echado a perder los «considerables gastos que se han adelantado». Los asuntos se complicaron para los alemanes, y el día 28 de marzo de 1909 Hergesell estaba en Madrid para hablar con el ministro de Estado y con el coronel Vives. A ambos les manifestó que veía con agrado la decisión que había tomado España de establecer el observatorio en Tenerife, aunque hubiera preferido que fuese internacional, y expuso a continuación:

«1. Que dado el interés de que el observatorio aerológico empezara a prestar cuanto antes servicio y la dificultad de construir obras permanentes y aun provisionales en el lugar apropiado (2.200 metros sobre el nivel del mar), rogaba se aceptara por España, provisionalmente, los dos barracones que ya estaban en Tenerife.

2. Que este observatorio cuya situación sería de interés excepcional para el mundo entero, se permitiera, sin menoscabo de considerarse como un establecimiento completamente español, a los hombres científicos que lo desearan, no sólo visitarlo, sino hacer observaciones, como acontecía en los establecimientos análogos».

Una carta particular que el ministro Allendesalazar escribió al ministro Linares aporta algunos matices sobre la declaración oficial de la reunión con Hergesell, quien asistió acompañado del embajador de Alemania. Comunicaba Allendesalazar, en idéntico sentido al telegrama enviado por el coronel Vives a Hergesell, que el ministerio de Guerra sería el encargado de la instalación del observatorio, tan pronto como en la reunión que iba

a celebrarse en Mónaco quedara acordado por la conferencia de la Comisión internacional de Aerostación científica (C.i.A.C.) el plan de observaciones.

Después de la entrevista que mantuvieron Hergesell y Tattenbach en Madrid con Vives y Allendesalazar, Hergesell y Vives se desplazaron a Mónaco donde iba a comenzar la VI C.i.A.C.. El desarrollo de esta conferencia es verdaderamente interesante, pues durante su transcurso puede comprobarse cómo con la praxis diplomática y las instrucciones recibidas del gobierno español, se silenciaron, en la medida de lo posible, los problemas y contratiempos surgidos por la iniciativa alemana en Tenerife.

En el discurso de la solemne apertura de la conferencia el dr Hergesell dio la noticia, ya absolutamente oficial, del compromiso adquirido por España. En palabras de Hergesell iba a establecerse un observatorio sobre el flanco del Pico de Tenerife, proyectado por el gobierno de España, pero que abriría sus puertas libremente a los sabios de otras naciones, permitiendo proseguir las investigaciones sobre las corrientes de la región de los alisios.

En dos sesiones posteriores se leyeron las comunicaciones sobre los trabajos efectuados por algunos miembros de la expedición alemana de agosto de 1908. Pero sería en otra sesión posterior cuando surgió un vivo diálogo entre Hergesell y Vives, en relación con las condiciones establecidas por el gobierno español para aceptar las casetas alemanas y sobre los plazos para la construcción del observatorio definitivo. La sonora y mutua desconfianza entre ambos personajes sobre la construcción del observatorio se hizo evidente cuando «el señor Vives y Vich habla sobre el observatorio proyectado por el gobierno de España sobre el Pico de Tenerife y da parte de las condiciones observadas por su gobierno para la aceptación de las barracas que están a disposición del presidente de la Comisión». Véanse las condiciones que dispuso el gobierno español tras la reunión celebrada en Madrid con Hergesell y Tattenbach:

«1. El gobierno Español tomará posesión de estas dos barracas y las empleará enteramente como material en el servicio del observatorio, hasta la construcción de los edificios definitivos. La Comisión Internacional para la Aerostación Científica hace una formal renuncia de todos sus derechos sobre estas dos barracas, en tanto que ellas permanezcan al servicio de España.

2. Una vez los edificios definitivos hayan sido terminados, el gobierno Español devolverá las dos barracas al presidente de la Comisión en el estado en que ellas se encuentren, sin que la Comisión pudiera exigir indemnización alguna por los deterioros y los desgastes que ellas hubieran podido sufrir.

3. Las dos barracas permanecerán al servicio del observatorio sin plazo fijado todo el tiempo necesario justo hasta que los nuevos edificios puedan ser utilizados».

En principio estas condiciones aparentan ser muy rigurosas si se atiende al generoso ofrecimiento alemán, y así habría que creerlo si no fuera porque una vez conocidos los antecedentes del asunto, el gobierno español no querría depender de plazo alguno impuesto por la parte alemana en la construcción de un observatorio sobre el que no tenía ninguna idea previa. Sobre el ofrecimiento que hicieron los alemanes puede pensarse que tampoco ellos debieron encontrar otra solución mejor, habida cuenta que las construcciones portátiles y todo el material auxiliar estaba ya en Tenerife.

De cualquier manera, el ofrecimiento del gobierno alemán suponía algo más que la cesión de unas simples barracas. Las sospechas que suscitaron estas iniciativas hacen

comprensible la decisión adoptada en el consejo de ministros, y por la que se ordenaba «que el representante de España manifestase allí, que no se aceptaba el ofrecimiento de auxilios o subvenciones del extranjero».

Tras la comunicación del delegado español, y ante las dudas que debieron producir sus palabras, intervino el dr. Hergesell. Tras los expresivos agradecimientos, pero con una visible desconfianza ante la promesa española, el presidente Hergesell urgió a Vives para que, en presencia de la Comisión, declarase cuándo se preveía el inicio y la finalización de la construcción del observatorio. Parece que sin otra respuesta que dar «Vives y Vich cree que el observatorio permanente podrá construirse muy rápido y podrá estar finalizado antes de la Próxima conferencia en 1912, sin que de todas maneras pueda dar una promesa segura. Si en ésta época, por cualquier causa imprevista, las construcciones no fuesen acabadas, el presidente de la Comisión podrá ponerse en contacto con el Representante del gobierno de España, reservándose entonces el presidente el derecho de emplear las barracas para otros objetivos científicos de la Comisión. El presidente agradece al Sr. Vives y Vich sus declaraciones, añadiendo que su intención es, en efecto, situar las barracas en otros lugares, según las decisiones de la próxima conferencia, y acepta en este sentido las condiciones del gobierno de España».

Finalizó Hergesell esta animada discusión declarando su inequívoco propósito de llevarse las barracas con la mayor prontitud posible. De forma que Hergesell agradecía al señor Vives y Vich sus declaraciones, añadiendo que su intención era en efecto situar las barracas en otros lugares, de acuerdo con las decisiones de la próxima conferencia, y aceptaba en este sentido las condiciones del gobierno de España. Es fácil advertir por la lectura de las actas oficiales de esta conferencia las contradicciones de Hergesell sobre el establecimiento del observatorio y sus diferencias con Vives.

Una carta particular del ministro de Estado en la que acusaba recibo de otra del ministro de Guerra, muestra cómo el gobierno español prestó mucha atención a lo iba resolviendo en Mónaco Vives, de quien se adjuntaba «un avance de los resultados obtenidos». Por la anterior carta de Linares, Allendesalazar «da las más expresivas gracias por su envío, pues contienen noticias é informes de sumo interés». De modo que Allendesalazar remitía a Polo de Bernabé una «copia de unas cuartillas que me ha facilitado el Ministerio de la Guerra con informes y noticias de la gestión que está realizando en Mónaco el coronel Vives. Como Vd. verá por ellas el asunto parece que ha sido bien planteado (...) hemos conseguido el reconocimiento del carácter exclusivamente español del observatorio proyectado».

Véase, pues, el planteamiento que hizo en Mónaco el coronel Vives sobre el asunto. El coronel Vives fue a la conferencia de Mónaco para negociar el establecimiento del observatorio según «las instrucciones acordadas en Consejo de Señores ministros». Esto significaba que «España se propone construir, y servir por su cuenta, el observatorio en cuestión. El personal será español, admitiéndose tan sólo a extranjeros á título de visitantes y, como reciprocidad á lo practicado en observatorios similares, técnicos de otros países. Las barracas se aceptarán provisionalmente, con devolución, para uso eventual y transitorio de los españoles».

Con las instrucciones recibidas y una vez que llegó a Mónaco «el coronel Vives habló, separadamente, con todos los delegados de las diversas naciones, antes de tratar oficialmente el asunto en una de las sesiones del Congreso». Los delegados oficiales de casi todos los países occidentales allí representados manifestaron que le «pareció bien que España no haya consentido la instalación del observatorio en la forma que se hacía

ó se pretendía hacer, por la Comisión Alemana, habiendo estado, en este punto, muy expansivos los italianos y franceses. Todos recibieron muy bien la resolución de España de hacer por si misma el observatorio». Este solo comentario corrobora la rivalidad existente en el orden de las relaciones internacionales durante este período, notoria a partir de las opiniones de unos científicos. Valórense dichas opiniones en la medida en que éstas provenían de destacadas elites intelectuales de la sociedad europea.

Llegó la sesión del día 6 de abril donde «se trató del establecimiento del observatorio de Tenerife, y dio lugar á incidentes que conviene señalar. El presidente del Congreso doctor Hergesell, había quedado de acuerdo con el coronel Vives respecto á la cesión temporal de las barracas, y creación y funcionamiento del observatorio exclusivamente españoles, todo con arreglo á las instrucciones dadas á aquel Jefe. Pero Hergesell á última hora, pidió al coronel Vives que tuvieran una conferencia con un alto empleado del Ministerio del Interior prusiano, que había llegado á Mónaco para este exclusivo asunto. El coronel Vives dudó un momento en aceptar la proposición, pero accedió por fin pensando que era un medio de conocer los propósitos de Alemania; y, en efecto, al leer el funcionario prusiano las cuartillas en que se especificaban las decisiones de España, que Hergesell había encontrado antes bien, opuso reparo pretendiendo que, en compensación de los barracones se comprometiera España á tener siempre dos plazas disponibles, en el observatorio, para dos hombres científicos. El coronel Vives se opuso rotundamente, diciendo al funcionario alemán del Ministerio del Interior, que podía quedarse con los barracones, que España no había pedido. Trató entonces este señor de dar otro giro al asunto, y propuso que no se hablase de él en el Congreso, y que Alemania concertaría con España la solución por medio de su embajador en Madrid. Conociendo el coronel Vives la conveniencia de que saliese aprobado por el Congreso Internacional, con aquiescencia de los delegados de las diversas naciones, lo propuesto por España, protestó enérgicamente contra la proposición del funcionario prusiano, alegando que estando el asunto en el orden del día, y habiendo acudido un representante de España al Congreso precisamente para resolver una cuestión en que tan repetidamente se había interesado á nuestro país, sería una informalidad y hasta un desaire abandonarla; y exigió que se tratase en la sesión, pues de lo contrario provocaría él mismo el asunto». Así pues, el asunto fue tratado en último término en el orden político más que en el científico.

Al acabar el verano de 1909 el embajador de España en Berlin volvía a enviar un *despacho reservado* al ministro de Estado. Las pretensiones alemanas de instalar el observatorio en Tenerife habían sido hasta entonces detenidas por el compromiso del gobierno español, anunciado anteriormente en la conferencia de Mónaco. Pero pocos meses después iba a ser el dr Gothald Pannwitz quien intentaría instalar una estación sanitaria en el mismo sitio escogido para el observatorio, iniciando ahora los trámites por un camino distinto. De ésa forma «hace ya cerca de un mes, que el dr. Pannwitz, alma de todas esas empresas científicas y comerciales que, ya independientes ya unidas, tratan de establecerse en nuestras islas Canarias, vino a visitarme, esta vez como Secretario de la Asociación Internacional contra la tuberculosis, a fin de que yo apoyara cerca del gobierno de S. M. una instancia que esta sociedad pensaba dirigirle, inspirada en la prosecución de sus humanitarios fines».

No se le escapó a Polo de Bernabé la identidad ni el nuevo cargo del doctor alemán. Sobre el contenido de la nueva empresa alemana, Pannwitz habló «del carácter internacional de esa obra, de su noble objetivo, de su desinterés y de otras elevadas cualidades, por las cuales no pude menos de mostrar la mayor simpatía. Como consecuencia de esta visita, el dr. Pannwitz me ha remitido después copia de la instancia mencionada,

que ha sido dirigida al Señor presidente del Consejo de ministros, y en ella, en definitiva, se viene a pedir la concesión de terrenos alrededor del observatorio del Pico de Tenerife que el gobierno de S. M. estimó prudente establecer por su cuenta».

La solicitud de Pannwitz fue dirigida efectivamente al presidente del gobierno Antonio Maura. Una carta particular del ministro Allendesalazar al presidente Maura iba a acompañar al despacho íntegro que «me ha dirigido confidencialmente el embajador de S. M. en Berlín en que se hace referencia á varios asuntos más ó menos directamente enlazados con la orientación alemana hacia Canarias y especialmente á la instancia que dirigió á V. el dr Panwitz». El embajador añadió a continuación en su despacho algunos detalles. Así, señaló el carácter del dr. Pannwitz, cuyas ambiguas acciones debieron repercutir aún más negativamente en el desarrollo de los proyectos científicos alemanes en Tenerife. Por tanto, «no necesito entrar en consideraciones sobre esa instancia, puesto que V.E. tendrá ya conocimiento de ella; sólo, con este motivo, me permitiré añadir á los informes que he facilitado sobre este asunto, que casualmente he recibido en estos días noticias particulares muy poco favorables al dr Pannwitz y á su seriedad comercial, atribuyéndole una nefasta influencia sobre aquellas personas que asocian sus intereses á las empresas del activo doctor».

El contenido del despacho del embajador fue comunicado literalmente en forma de *real orden reservada* al ministro de la Gobernación. No tardó en llegar la respuesta del Ministerio de la Gobernación a ésa real orden dictada como consecuencia del despacho del embajador Polo de Bernabé, por la cual y «referente á los trabajos que el Doctor Pannwitz y otros subditos alemanes realizan en Canarias; y que en vista de todo ello se reitera al gobernador civil de aquella provincia que, confidencialmente, vigile dichos trabajos y proyectos y de conocimiento á este Ministerio del resultado de sus observaciones».

A pesar de las sospechas y temores que ocasionaban los movimientos de los científicos alemanes en las Cañadas del Teide, la ausencia de iniciativas por parte española, debió ser aprovechada por los alemanes para iniciar estudios aerológicos pues en noviembre de 1909 se autorizó al dr. Wenger para que efectuase observaciones aerológicas en el Teide, alojándose en las citadas barracas.

En febrero de 1911 el embajador español recibía una queja del gobierno alemán. Habían pasado ya casi dos años desde el anuncio del compromiso español sobre la construcción del observatorio del Teide, y durante ése período de tiempo Polo de Bernabé se pronunció clara y urgentemente en dos ocasiones sobre la necesidad de su construcción. Aunque, si bien es cierto, sus despachos no parecen ser escritos como consecuencia de queja alguna por parte del gobierno alemán, Polo de Bernabé dirigió una *carta muy confidencial* al nuevo ministro de Estado, Manuel García Prieto. Se trata de una carta en la que hacía un amplio recorrido sobre cuestiones de política general europea. El relevante lugar que en la extensa carta ocupaban los comentarios referidos a las actividades alemanas en Canarias, hace suponer que el embajador español estaba realmente muy preocupado por las mismas. Decía entonces el embajador en relación con dichas actividades que «en mi despacho n.º 29, fecha de hoy, trato de las intrigas y manejos de ciertos alemanes en Tenerife que hace mucho tiempo me preocupan y que han sido objeto de muchos despachos y cartas mías. En San Sebastián, y después en Madrid, hablé á V. del asunto y después con el Sr. Ruiz Valarino [entonces ministro de Justicia], a quien envié una nota que me pidió á su Ministerio [en relación con la compra de funcionarios del juzgado de la Orotava para apoderarse del Hotel Humboldt-Kurhaus]».

Deteniéndose en lo que Polo de Bernabé advertía con acertada visión de los riesgos que implicaba, aseguraba que «la cuestión del observatorio y estudios científicos ya es también muy grave y muy delicada, y es urgente que nuestro gobierno establezca por sí, á toda costa, un observatorio que reúna todas las condiciones y evite que elementos extranjeros se apoderen con pretexto ó motivos científicos de la singular posición que, no sólo para observaciones meteorológicas y aerológicas, sino también para fines estratégicos y radiotelegráficos poseemos en el Pico de Tenerife».

En su segundo documento el embajador señalaba los recelos que poseía sobre el asunto del observatorio, pues «faltaría a mi deber si no señalara el significativo artículo del Lokal Anzeiger [el noticiero local de Berlin] y mis temores de conflicto si no se han tomado ó no se toman, si aun es tiempo, las medidas convenientes para evitarlos y si al mismo tiempo no recordara a V. E. mis despachos n.º 42 y 53 fechas 23 de febrero y 15 de marzo de 1909 sobre la necesidad del establecimiento de un observatorio meteorológico y aerológico español en Tenerife. El coronel de Ingenieros Sr. Vives podría con su especial competencia técnica y conocimiento del asunto ilustrar al gobierno de S. M. sobre esta cuestión que estimo de singular importancia por las razones expresadas en mis ya citados despachos y especialmente en los últimos párrafos del de 15 de marzo de 1909, n.º 53, cuya detenida lectura me permito recomendar muy eficazmente á V. E.».

García Prieto debió coincidir con la posición del embajador acerca de las posibles consecuencias de las actividades alemanas en Canarias, pues en *despacho reservado* que dirigió a Polo de Bernabé reconocía «la importancia del asunto y la necesidad de evitar que las empresas alemanas en Canarias (...) puedan ser origen de dificultades que son de temer, dados los antecedentes de las personas que las dirigen».

Como consecuencia de ello García Prieto cursó una real orden al ministro de la Guerra Angel Aznar y Butigieg, encabezando con carácter aun más grave y urgente el despacho del embajador. Decía esta real orden que «el embajador de España en Berlín en 27 de febrero próximo pasado, vuelve á llamar la atención de este Ministerio sobre el propósito, en vías de realización, de Alemania de instalar en la isla de Tenerife un observatorio é insistiendo en los peligros que de ello podría resultar para España, dice...».

Es decir, durante dos años el ministerio de la Guerra no había comunicado al ministerio de Estado ninguna gestión o realización acerca del compromiso del gobierno español sobre la construcción del Observatorio. La presión diplomática alemana llegaba con sus peticiones a todos los ministerios del gobierno: Estado, Guerra, Marina, Instrucción Pública, Gracia y Justicia y Gobernación. Más tarde, como podrá imaginar cualquier avezado lector, el problema del Observatorio sería sustanciado inevitablemente por el Ministerio de Hacienda.

Pero el problema no se resolvió, y después del compromiso oficial del coronel Vives hecho en nombre del gobierno español, no se hizo ninguna dotación económica para la realización del mismo. Y pasaron dos años después de ese compromiso internacional sobre una cuestión esencialmente científica, aunque por la consideración de intervenir una potencia extranjera tomara otro carácter. Obviamente este punto de vista no debió coincidir con el de Polo de Bernabé ni con el del ministro de Estado, entonces Manuel García Prieto.

La cuestión a debatir era ya, con carácter de urgencia, qué ministerio se haría cargo del mismo. Pero el problema sobre la competencia del observatorio no debió quedar tan claro como suponía el ministerio de la Guerra, y en ello debieron intervenir los despachos del embajador español, advirtiendo de la importancia estratégica que tendría la ins-

talación de un observatorio en un lugar tan privilegiado como el Teide. Por tanto, si el 1 de abril de 1911 se decidía «el Consejo de ministros con el de la Guerra», el 27 de mayo «no concretándose en la anterior resolución el Departamento que ha de encargarse de este Servicio del Estado, y entendiéndose este Ministerio [el de la Guerra] que procede sea el de Instrucción Pública pase este expediente de nuevo a Consejo de Sres. ministros». Finalmente el 19 de junio de 1911 se decidió «el Consejo de ministros con el de la Guerra encargándose del servicio de Instrucción Pública».

Mientras tanto, con el transcurso de tiempo, y sobre todo a partir del año 1911, fueron muy numerosas las ocasiones en las que la embajada alemana en Madrid solicitaba permiso para fondear los buques de guerra alemanes en los puertos de Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria. Llegando incluso a realizar ejercicios de tiro de cañón y de torpedos, contra blancos arrastrados cerca de Las Palmas de Gran Canaria.

Tantas y tan ininterrumpidas acciones alemanas en un archipiélago expuesto y codiciado secularmente por Francia y Gran Bretaña -y también en aquel entonces por los Estados Unidos de América-, y con una defensa frágil por su lejanía y su propia naturaleza geográfica, tuvieron algún que otro efecto psicológico sobre las autoridades españolas. Puede creerse por ello que ante la corriente expansiva de la actividad alemana, no dejaron de aparecer en la mente del embajador los tan cercanos como pesarosos recuerdos del desenlace de 1898 -aunque con aquilatada prudencia no los hiciera presentes en sus despachos-.

Desde el año 1904 hasta el inicio de la I Guerra Mundial, las primeras investigaciones aerológicas se desarrollaron con el intenso y creciente impulso que estaban tomando las nuevas comunicaciones: marítimas, aéreas y radiotelegráficas. El gobierno alemán, a partir de los trabajos desarrollados por sus científicos en las islas Canarias, trató de aplicarlos y materializarlos en el singular emplazamiento de Las Cañadas del Teide. El beneficio conseguido sería la afirmación de su presencia en unas islas cedidas y abandonadas, en gran medida, durante largos años a la influencia británica y francesa. Pero el mayor interés era la conexión del imperio alemán con el área circundante de la costa occidental africana y sus colonias en Togo y Camerún, y posteriormente la ambiciosa explotación de un enlace aéreo trasatlántico entre Europa, Africa y América del Sur.

Comenzada la primera guerra mundial en agosto de 1914, se suspendieron los despachos de Polo de Bernabé sobre el asunto del Observatorio. Sin embargo, en abril de 1915 volvió el ministro de Estado a cursar un telegrama al de Gobernación reiterando uno anterior de febrero, «y sobre el cual realmente parece necesario dar una contestación definitiva al Representante Imperial». La última y definitiva respuesta sobre la presión diplomática que el embajador alemán hizo en relación con la campaña científica liderada por el dr. Dember, fue dada por el ministro de Gobernación en abril de 1915.

En una carta particular que Sánchez Guerra, ministro de la Gobernación, envió al ministro de Estado, se expresó el primero con los términos más severos y elocuentes hasta entonces empleados por un ministro español, sobre la presencia alemana y las resoluciones de Gobiernos anteriores. Así, decía Sánchez Guerra, «veo su telegrama relativo á consulta sobre si habría inconveniente en las circunstancias actuales en acceder á los deseos del Dr. Dember de continuar sus trabajos científicos en Pico Teide. Creí haberle dicho, y sin duda lo olvidé cuando Vd. no lo recuerda, que el Gobernador de Canarias opina de un modo terminante, y coincido por entero con su convencimiento, que no conviene de modo alguno autorizar en momentos como los actuales experiencias científicas en el Pico de Teide al Doctor Dember, súbdito alemán, ya que las apariencias todas, y la

opinión en aquellas islas, supondrían que no á investigaciones puramente científicas sino á manipulaciones de otra índole podrían estar dedicadas los trabajos de aquel respetable Dr., y ya que Vd. no ignora que, aun en circunstancias normales, pareció aventurada y no del todo juiciosa la resolución de anteriores Gobiernos autorizando la instalación en Teide de una colonia alemana».

Después de todas estas y otras vicisitudes más, el Observatorio Meteorológico y Aerológico de Izaña se inauguró definitivamente el día 1 de enero de 1916.